

## LA PUERTA CONDENADA

A Petrone le gustó el hotel Cervantes por razones que hubieran desagradado a otros. Era un hotel sombrío, tranquilo, casi desierto. Un conocido del momento se lo recomendó cuando cruzaba el río en el vapor de la carrera, diciéndole que estaba en la zona céntrica de Montevideo. Petrone aceptó una habitación con baño en el segundo piso, que daba directamente a la sala de recepción. Por el tablero de llaves en la portería supo que había poca gente en el hotel; las llaves estaban unidas a unos pesados discos de bronce con el número de la habitación, inocente recurso de la gerencia para impedir que los clientes se las echaran al bolsillo.

El ascensor dejaba frente a la recepción, donde había un mostrador con los diarios del día y el tablero telefónico. Le bastaba caminar unos metros para llegar a la habitación. El agua salía hirviendo, y eso compensaba la falta de sol y de aire. En la habitación había una pequeña ventana que daba a la azotea del cine contiguo; a veces una paloma se paseaba por ahí. El cuarto de baño tenía una ventana más grande, que se abría tristemente a un muro y a un lejano pedazo de cielo, casi inútil. Los muebles eran buenos, había cajones y estantes de sobra. Y muchas perchas, cosa rara.

El gerente resultó ser un hombre alto y flaco, completamente calvo. Usaba anteojos con armazón de oro y hablaba con la voz fuerte y sonora de los uruguayos. Le dijo a Petrone que el segundo piso era muy tranquilo, y que en la única habitación contigua a la suya vivía una señora sola, empleada en alguna parte, que volvía al hotel a la caída de la noche. Petrone la encontró al día siguiente en el ascensor. Se dio cuenta de que era ella por el número de la llave que tenía en la palma de la mano, como si ofreciera una enorme moneda de oro. El portero tomó la llave y la de Petrone para colgarlas en el tablero, y se quedó hablando con la mujer

## THE DISUSED DOOR

Petrone liked the Hotel Cervantes for reasons which would have displeased others. It was a gloomy, quiet hotel virtually deserted. Someone he had met briefly had recommended it to him, on the ferry crossing the river, saying that it was right in the centre of Montevideo. Petrone took a room with a bath on the second floor opening straight onto the reception lounge. From the key-rack in the foyer he knew that there were few people in the hotel; the keys were attached to heavy brass discs with the room number on them – the management's innocent device to prevent guests from slipping them into their pockets.

The lift stopped opposite reception, where there was a counter with the day's newspapers and a switch-board. He had only a few yards to walk to reach his room. The water from the tap was boiling hot, and this compensated for the lack of sunlight and fresh air. In the room there was a small window overlooking the flat roof of the adjacent cinema, where occasionally a pigeon strutted by. The bathroom had a larger window which opened dismally onto a wall and a distant, almost useless patch of sky. The furniture was good, there were drawers and shelves to spare. And, oddly enough, plenty of coat-hangers.

The manager turned out to be a tall, thin fellow, completely bald. He wore gold-rimmed glasses and spoke in the deep, vibrant tone peculiar to Uruguayans. He told Petrone that the second floor was very quiet and that in the only room adjoining his lived a lady on her own, who had a job somewhere and came back to the hotel at nightfall. Petrone met her the next day in the lift. He knew it was her by the number on the key-disc she held in the palm of her hand, as though she were proffering an enormous gold coin. The hall porter took his key and hers to hang up on the board and stood talking to the woman about some mail. Petrone had time to notice that she was still young,

sobre unas cartas. Petrone tuvo tiempo de ver que era todavía joven, insignificante, y que se vestía mal como todas las orientales.<sup>1</sup>

El contrato con los fabricantes de mosaicos llevaría más o menos una semana. Por la tarde Petrone acomodó la ropa en el armario, ordenó sus papeles en la mesa, y después de bañarse salió a recorrer el centro mientras se hacía hora de ir al escritorio de los socios. El día se pasó en conversaciones, cortadas por un copetín<sup>2</sup> en Pocitos<sup>3</sup> y una cena en casa del socio principal. Cuando lo dejaron en el hotel era más de la una. Cansado, se acostó y se durmió en seguida. Al despertarse eran casi las nueve, y en esos primeros minutos en que todavía quedan las sobras de la noche y del sueño, pensó que en algún momento lo había fastidiado el llanto de una criatura.

Antes de salir charló con el empleado que atendía la recepción y que hablaba con acento alemán. Mientras se informaba sobre líneas de ómnibus y nombres de calles, miraba distraído la gran sala en cuyo extremo estaban las puertas de su habitación y la de la señora sola. Entre las dos puertas había un pedestal con una nefasta réplica de la Venus de Milo. Otra puerta, en la pared lateral, daba a una salita con los infaltables sillones y revistas. Cuando el empleado y Petrone callaban, el silencio del hotel parecía coagularse, caer como ceniza sobre los muebles y las baldosas. El ascensor resultaba casi estrepitoso, y lo mismo el ruido de las hojas de un diario o el rascar de un fósforo.

Las conferencias terminaron al caer la noche y Petrone dio una vuelta por 18 de Julio<sup>4</sup> antes de entrar a cenar en uno de los bodegones<sup>5</sup> de la plaza Independencia. Todo iba bien, y quizá pudiera volverse<sup>6</sup> a Buenos Aires antes de lo que pensaba. Compró un diario argentino, un atado de cigarrillos negros,<sup>7</sup> y caminó despacio hasta el hotel. En el cine de al lado daban dos películas que ya había visto, y en realidad no tenía ganas de ir a ninguna parte. El gerente lo saludó al pasar y le preguntó si necesitaba más ropa de

not at all striking, and that she was badly dressed, like all Uruguayan women.

The contract with the manufacturers of mosaics would take a week more or less to sort out. In the afternoon Petrone hung his clothes in the wardrobe, arranged his papers on the table and after taking a bath set out to explore the city centre until it was time to go to the partners' office. The day went by in talks broken by a drink in Pocitos and dinner at the home of the senior partner. When they dropped him at his hotel it was past one o'clock. Worn out, he went to bed and fell asleep instantly. When he woke up it was almost nine, and in those first minutes when the remnants of night and sleep still linger, he thought that at some point he had been disturbed by a baby crying.

Before going out he chatted with the man looking after reception, who spoke with a German accent. As he made enquiries about bus routes and street names, he gazed absently across the spacious vestibule with, at the far end, the doors to his room and that of the woman living alone. There was a pedestal between the two doors with a ghastly replica of the Venus de Milo. Another door in the side wall opened onto a small lounge with the inevitable easy chairs and magazines. When the receptionist and Petrone stopped talking, the silence in the hotel seemed to congeal, to fall like ash on the furniture and the floor-tiles. The sound of the lift was almost deafening and so was the rustle of newspaper pages or the scrape of a match.

The meetings ended at nightfall and Petrone took a stroll down the Avenue of the Eighteenth of July before going into one of the eating houses on Independence Square for supper. Everything was going smoothly and it looked as though he might be able to get back to Buenos Aires sooner than he had thought. He bought an Argentinian newspaper, a packet of dark cigarettes, and made his way slowly to the hotel. The cinema next door was showing two films he had already seen, and in fact he did not feel like going anywhere at all. The

cama.<sup>8</sup> Charlaron un momento, fumando un pitillo, y se despidieron.<sup>9</sup>

Antes de acostarse Petrone puso en orden los papeles que había usado durante el día, y leyó el diario sin mucho interés. El silencio del hotel era casi excesivo, y el ruido de uno que otro tranvía que bajaba por la calle Soriano no hacía más que pausarlo, fortalecerlo para un nuevo intervalo. Sin inquietud, pero con alguna impaciencia, tiró el diario al canasto y se desvistió mientras se miraba distraído en el espejo del armario. Era un armario ya viejo, y lo habían adosado a una puerta que daba a la habitación contigua. A Petrone le sorprendió descubrir la puerta que se le había escapado en su primera inspección del cuarto. Al principio había supuesto que el edificio estaba destinado a hotel pero ahora se daba cuenta de que pasaba lo que en tantos hoteles modestos, instalados en antiguas casas de escritorios o de familia. Pensándolo bien, en casi todos los hoteles que había conocido en su vida – y eran muchos – las habitaciones tenían alguna puerta condenada, a veces a la vista pero casi siempre con un ropero, una mesa o un perchero delante, que como en este caso les daba una cierta ambigüedad, un avergonzado deseo de disimular su existencia como una mujer que cree taparse poniéndose las manos en el vientre o los senos. La puerta estaba ahí, de todos modos, sobresaliendo del nivel del armario. Alguna vez la gente había entrado y salido por ella, golpeándola, entornándola, dándole una vida que todavía estaba presente en su madera tan distinta de las paredes. Petrone imaginó que del otro lado habría también un ropero y que la señora de la habitación pensaría lo mismo de la puerta.

No estaba cansado pero se durmió con gusto. Llevaría tres o cuatro horas cuando lo despertó una sensación de incomodidad, como si algo ya hubiera ocurrido, algo molesto e irritante. Encendió el velador, vio que eran las dos y media, y apagó otra vez. Entonces oyó en la pieza de al lado el llanto de un niño.

manager greeted him as he went by and asked whether he needed more blankets. They chatted for a while smoking a cigarette and bade one another goodnight.

Before getting into bed Petrone sorted out the documents he had used during the day, and skimmed through the newspaper. The silence in the hotel was almost too much and the noise of the odd tram going down Soriano Street merely interrupted it, reinforcing it for another spell. Carelessly, but with a touch of impatience, he threw the newspaper into the wastepaper basket and got undressed, looking absentmindedly at his reflection in the wardrobe mirror. It was an old wardrobe and they had pushed it up against a door which led to the adjoining room. He was startled to discover the door, which had escaped his notice when he first looked round the room. He had supposed initially that the building had been intended as a hotel, but now he realized that it was like so many small hotels, installed in former office blocks or family houses. Upon reflection, in almost all the hotels he had ever known – and they were many – the rooms had some disused door; sometimes visible but almost always with a wardrobe, a table or a coat stand in front which, as in this case, gave them a certain ambiguity, a shamefaced attempt to conceal their existence like a woman who thinks she can hide herself by covering her stomach or her breasts with her hands. Anyway the door was there, protruding above the top of the wardrobe. At some time or other people had walked in and out through it, slamming it or leaving it ajar, giving it a life of its own which still lingered on in its wood so different from the walls. Petrone imagined that on the other side too there would be a wardrobe and that the woman in the next room would be thinking the same about the door.

He was not tired yet he fell asleep gratefully. It must have been three or four hours later when he was woken up by an uncomfortable feeling, as if there had been something happening, something tiresome and vexing. He switched on the bedside lamp, saw that it was two-thirty and switched it off again. It was then that he heard a baby crying in the next room.

En el primer momento no se dio bien cuenta. Su primer movimiento fue de satisfacción; entonces era cierto que la noche antes un chico no lo había dejado descansar. Todo explicado, era más fácil volver a dormirse. Pero después pensó en lo otro y se sentó<sup>10</sup> lentamente en la cama, sin encender la luz, escuchando. No se engañaba, el llanto venía de la pieza de al lado. El sonido se oía a través de la puerta condenada, se localizaba en ese sector de la habitación al que correspondían los pies de la cama. Pero no podía ser que en la pieza de al lado hubiera un niño; el gerente había dicho claramente que la señora vivía sola, que pasaba casi todo el día en su empleo. Por un segundo se le ocurrió a Petrone que tal vez esa noche estuviera cuidando al niño de alguna parienta o amiga. Pensó en la noche anterior. Ahora estaba seguro de que *ya* había oído el llanto, porque no era un llanto fácil de confundir, más bien una serie irregular de gemidos muy débiles, de hipoes quejados seguidos de un lloriqueo momentáneo, todo ello inconsistente, mínimo, como si el niño estuviera muy enfermo. Debía ser una criatura de pocos meses aunque no llorara con la estridencia y los repentinos cloqueos y ahogos de un recién nacido. Petrone imaginó a un niño - un varón, no sabía por qué - débil y enfermo, de cara consumida y movimientos apagados. *Eso* se quejaba en la noche, llorando pudoroso, sin llamar demasiado la atención. De no estar allí la puerta condenada, el llanto no hubiera vencido las fuertes espaldas de la pared, nadie hubiera sabido que en la pieza de al lado estaba llorando un niño.

★

Por la mañana Petrone lo pensó un rato mientras tomaba el desayuno y fumaba un cigarrillo. Dormir mal no le convenía para su trabajo del día. Dos veces se había despertado en plena noche, y las dos veces a causa del llanto. La segunda vez fue peor, porque a más del llanto se oía la voz de la mujer que trataba de calmar al niño. La voz era muy baja pero tenía un tono ansioso que le daba una

For a moment he did not fully realize the implications. His first feeling was one of satisfaction: so it was true that a child had spoiled his rest the night before. With everything explained it was easier to go back to sleep. But then he remembered the other thing and sat up slowly without putting on the light, listening. He was not mistaken, the crying was in the next room. The sound came through the disused door, localized in that part of the room on a level with the foot of the bed. But it was impossible that there should be a child in the next room; the manager had stated clearly that the woman lived alone, that she spent almost all day at work. For a moment he wondered whether perhaps this evening she was looking after the child of some relative or friend. He thought about the previous night. He was convinced by now that he *had* heard the crying before, because it was not the sort of crying you could mistake: rather an irregular series of very weak moans and querulous hiccoughs followed by a momentary whimpering, all of it insubstantial, minimal, as though the child were extremely ill. It must have been a child of only a few months, although it did not cry with the stridency and the sudden clucking and sobbing sounds of a new-born baby. Petrone had a mental picture of a baby - a boy, he did not know why - weak and ill, its face emaciated, its movements feeble. There *it* was, wailing in the night, crying modestly without attracting too much attention. Had the door not been there, the wailing would never have overcome the strong bastion of the wall; no one would have known that in the next room a child was crying.

★

In the morning Petrone gave the matter some thought while he was having breakfast and smoking a cigarette. With the day's work ahead he could not afford a bad night. Twice he had woken up in the middle of the night and each time because of the crying. The second time was worse because in addition to the wailing there was the sound of the woman's voice as she tried to soothe the child. Her voice was very low but it held a

calidad teatral, un susurro que atravesaba la puerta con tanta fuerza como si hablara a gritos. El niño cedía por momentos al arrullo, a las instancias; después volvía a empezar con un leve quejido entrecortado, una inconsolable congoja. Y de nuevo la mujer murmuraba palabras incomprensibles, el encantamiento de la madre para acallar al hijo atormentado por su cuerpo o su alma, por estar vivo o amenazado de muerte.

«Todo es muy bonito, pero el gerente me macaneó»<sup>11</sup> pensaba Petrone al salir de su cuarto. Lo fastidiaba la mentira y no lo disimuló. El gerente se quedó mirándolo.

— ¿Un chico? Usted se habrá confundido. No hay chicos pequeños en este piso. Al lado de su pieza vive una señora sola, creo que ya se lo dije.

Petrone vaciló antes de hablar. O el otro mentía estúpidamente, o la acústica del hotel le jugaba una mala pasada. El gerente lo estaba mirando un poco de soslayo, como si a su vez lo irritara la protesta. «A lo mejor me cree tímido y que ando buscando un pretexto para mandarme mudar», pensó. Era difícil, vagamente absurdo insistir frente a una negativa tan rotunda. Se encogió de hombros y pidió el diario.

— Habré soñado — dijo, molesto por tener que decir eso, o cualquier otra cosa.

\*

El cabaret era de un aburrimento mortal y sus dos anfitriones no parecían demasiado entusiastas, de modo que a Petrone le resultó fácil alegar el cansancio del día y hacerse llevar al hotel. Quedaron en firmar los contratos al otro día por la tarde; el negocio estaba prácticamente terminado.

El silencio en la recepción del hotel era tan grande que Petrone se descubrió a sí mismo andando en puntillas. Le habían dejado un diario de la tarde al lado de la cama; había también una carta de Buenos Aires. Reconoció la letra de su mujer.

Antes de acostarse estuvo mirando el armario y la parte

note of anxiety which lent it a theatrical quality, a murmur which came through the door as forcefully as if she had been shouting. From time to time the child gave in to the lullaby, to the entreaties; then it would begin again with a halting, feeble moaning of inconsolable grief. And again the woman would murmur unintelligible words, a mother's incantation striving to silence her child tormented in body or soul, by being alive or by the threat of death. 'That's all very well, but the manager certainly put one over on me,' thought Petrone leaving his room. The lie annoyed him and he made no attempt to hide the fact. The manager fixed him with a stare.

'A baby? You must have been mistaken, sir. There are no young children on that floor. In the room next to yours there is a lady by herself; I believe I've told you that already.'

Petrone hesitated before replying. Either the other was lying stupidly or the acoustics in the hotel were playing a nasty trick on him. The manager was looking at him slightly askance, as if he in turn was annoyed by the complaint. 'Maybe he thinks I'm shy and looking for an excuse to move rooms,' he thought. It was difficult, somewhat ridiculous, to insist in the face of such a flat denial. He shrugged his shoulders and asked for the newspaper.

'I must have dreamt it,' he said, and it irked him to have to say that, or anything at all.

\*

The night-club was deadly dull, and his two hosts did not seem too enthusiastic, so that Petrone found it easy enough to plead a tiring day and get taken back to the hotel. They arranged to sign the contracts the next day in the afternoon; the deal was more or less concluded.

The silence in the hotel lobby was so intense that Petrone found himself walking on tiptoe. They had left him an evening paper by his bedside; there was also a letter from Buenos Aires. He recognized his wife's writing.

Before getting into bed he studied the wardrobe and the

sobresaliente de la puerta. Tal vez si pusiera sus dos valijas sobre el armario, bloqueando la puerta, los ruidos de la pieza de al lado disminuirían. Como siempre a esa hora, no se oía nada. El hotel dormía, las cosas y las gentes dormían. Pero a Petrone, ya malhumorado, se le ocurrió que era al revés y que todo estaba despierto, anhelosamente despierto en el centro del silencio. Su ansiedad inconfesada debía estarse comunicando a la casa, a las gentes de la casa, prestándoles una calidad de acecho, de vigilancia agazapada. Montones de pavadas.<sup>12</sup>

Casi no lo tomó en serio cuando el llanto del niño lo trajo de vuelta a las tres de la mañana. Sentándose en la cama se preguntó si lo mejor sería llamar al sereno para tener un testigo de que en esa pieza no se podía dormir. El niño lloraba tan débilmente que por momentos no se lo escuchaba, aunque Petrone sentía que el llanto estaba ahí, continuo, y que no tardaría en crecer otra vez. Pasaban diez o veinte lentísimos segundos; entonces llegaba un hipo breve, un quejido apenas perceptible que se prolongaba dulcemente hasta quebrarse en el verdadero llanto.

Encendiendo un cigarrillo, se preguntó si no debería dar unos golpes discretos en la pared para que la mujer hiciera callar al chico. Recién cuando<sup>13</sup> los pensó a los dos, a la mujer y al chico, se dio cuenta de que no creía en ellos, de que absurdamente no creía que el gerente le hubiera mentido. Ahora se oía la voz de la mujer, tapando por completo el llanto del niño con su arrebatado — aunque tan discreto — consuelo. La mujer estaba arrullando al niño, consolándolo, y Petrone se la imaginó sentada al pie de la cama, moviendo la cuna del niño o teniéndolo en brazos. Pero por más que lo quisiera no conseguía imaginar al niño, como si la afirmación del hotelero fuese más cierta que esa realidad que estaba escuchando. Poco a poco, a medida que pasaba el tiempo y los débiles quejidos se alternaban o crecían entre los murmullos de consuelo, Petrone empezó a sospechar que aquello era una farsa, un juego ridículo y

part of the door which showed above it. Perhaps if he put his two cases on top to cover the door completely, the noise from the other side would be reduced. As always at this hour there was nothing to be heard. The hotel was sleeping, things and people were sleeping. But it occurred to Petrone in his thoroughly bad mood that, on the contrary, everything was wide awake, avidly awake, in the hub of the silence. His unavowed anxiety would seem to be transmitting itself to the house, to the people in the house, making them appear on tenterhooks, vigilant and ready to pounce. What a lot of nonsense.

He almost did not take it seriously when the child's cry brought him round at three o'clock in the morning. Sitting on the side of the bed he wondered whether it would not be best to call the night watchman, so as to have a witness to the fact that sleep was impossible in that room. The child wailed so feebly that at times you could not hear it, although Petrone sensed that the crying was there all the time and that it would not be long before it gathered force again. Ten, maybe twenty seconds dragged by; then came a short hiccough, a scarcely perceptible whining which dragged on softly and then broke into real sobs.

Lighting a cigarette he wondered whether he should perhaps knock discreetly on the wall, to make the woman get the child to be quiet. Just as he was thinking of the two of them, the woman and the child, he realized that he did not believe in them, that against all reason he did not believe the manager would have lied to him. Now he could hear the woman's voice completely smothering the child's cries with her passionate — but so discreetly hushed — attempts to console him. The woman spoke softly to the child, comforting him, and Petrone imagined her seated at the foot of the bed, rocking the baby's cradle or nursing him in her arms. But however hard he tried he could not conjure up the child, as if the hotel keeper's statement was more truthful than the reality he was listening to. Little by little, as time ticked by and the feeble complaints alternated with or grew louder between the comforting murmurs, Petrone began to suspect that the whole set-up was a

monstruoso que no alcanzaba a explicarse. Pensó en viejos relatos de mujeres sin hijos, organizando en secreto un culto de muñecas, una inventada maternidad a escondidas, mil veces peor que los mimos a perros o gatos o sobrinos. La mujer estaba imitando el llanto de su hijo frustrado, consolando el aire entre sus manos vacías, tal vez con la cara mojada de lágrimas porque el llanto que fingía era a la vez su verdadero llanto, su grotesco dolor en la soledad de una pieza de hotel, protegida por la indiferencia y por la madrugada.

Encendiendo el velador, incapaz de volver a dormirse, Petrone se preguntó qué iba a hacer. Su malhumor era maligno, se contagiaba de ese ambiente donde de repente todo se le antojaba trucado,<sup>14</sup> hueco, falso: el silencio, el llanto, el arrullo, lo único real de esa hora entre noche y día y que lo engañaba con su mentira insoportable. Golpear en la pared le pareció demasiado poco. No estaba completamente despierto aunque le hubiera sido imposible dormirse; sin saber bien cómo, se encontró moviendo poco a poco el armario hasta dejar al descubierto la puerta polvorienta y sucia. En pijama y descalzo, se pegó a ella como un ciempiés, y acercando la boca a las tablas de pino empezó a imitar en falsete, imperceptiblemente, un quejido como el que venía del otro lado. Subió de tono, gimió, sollozó. Del otro lado se hizo un silencio que habría de durar toda la noche; pero en el instante que lo precedió, Petrone pudo oír que la mujer corría por la habitación con un chicotear de pantuflas, lanzando un grito seco e instantáneo, un comienzo de alarido que se cortó de golpe como una cuerda tensa.

\*

Cuando pasó por el mostrador de la gerencia eran más de las diez. Entre sueños,<sup>15</sup> después de las ocho, había oído la voz del empleado y la de una mujer. Alguien había andado en la pieza de al lado moviendo cosas. Vio un baúl y dos

farce, some absurd and monstrous game without rhyme or reason. He thought of old tales about childless women setting up a secret cult of dolls, a furtive, make-believe motherhood a thousand times worse than pampering dogs or cats or nephews. The woman was mimicking the cry of the child denied her, consoling the air in her empty hands, perhaps her face wet with tears, for the weeping she feigned was also her own very real grief, her grotesque sorrow in the desolation of a hotel room shielded by indifference and by the dawn.

Unable to go back to sleep, Petrone lit the bedside lamp and wondered what to do. He was in a foul temper, infected by that atmosphere where everything suddenly seemed to him fake, hollow, wrong: the silence, the crying, the lullaby, these were all that was real in this hour between night and day and yet they fooled him with an unbearable lie. To knock on the wall seemed too feeble a protest. He was not fully awake, although it would have been impossible for him to go to sleep; without really knowing what had come over him, he found himself moving the wardrobe bit by bit, until the door, dusty and grimy, stood revealed. Barefoot and in pyjamas he pressed himself against it like a centipede and with his mouth close to the pine boards he began to imitate in a scarcely audible falsetto voice a lament like that coming from the other side. He raised the pitch, he moaned, he sobbed. On the other side there was a sudden silence which was to last all night; but in the instant which went before, Petrone could hear the woman run across the room, slippers flapping, uttering a scream that was hoarse and sudden, a nascent cry of alarm which snapped abruptly like a taut string.

\*

When he passed the manager's desk it was turned ten o'clock. Sometime after eight, only half-awake, he had heard the voices of the porter and a woman. Someone had been walking about in the next room, moving things. He saw a trunk and two large

grandes valijas cerca del ascensor. El gerente tenía un aire que a Petrone se le antojó de desconcierto.

— ¿Durmió bien anoche? — le preguntó con el tono profesional que apenas disimulaba la indiferencia.

Petrone se encogió de hombros. No quería insistir, cuando apenas le quedaba por pasar otra noche en el hotel.

— De todas maneras ahora va a estar más tranquilo — dijo el gerente, mirando las valijas —. La señora se nos va a mediodía.

Esperaba un comentario, y Petrone lo ayudó con los ojos.

— Llevaba aquí mucho tiempo, y se va así de golpe. Nunca se sabe con las mujeres.

— No — dijo Petrone —. Nunca se sabe.

En la calle se sintió mareado, con un mareo que no era físico. Tragando un café amargo empezó a darle vueltas al asunto, olvidándose del negocio, indiferente al espléndido sol. Él tenía la culpa de que esa mujer se fuera del hotel, enloquecida de miedo, de vergüenza o de rabia. *Llevaba aquí mucho tiempo . . .* Era una enferma, tal vez, pero inofensiva. No era ella sino él quien hubiera debido irse del Cervantes. Tenía el deber de hablarle, de excusarse y pedirle que se quedara, jurándole discreción. Dio unos pasos de vuelta y a mitad del camino se paró. Tenía miedo de hacer un papelón,<sup>16</sup> de que la mujer reaccionara de alguna manera insospechada. Ya era hora de encontrarse con los dos socios y no quería tenerlos esperando. Bueno, que se embromara.<sup>17</sup> No era más que una histérica, ya encontraría otro hotel donde cuidar a su hijo imaginario.

\*

Pero a la noche volvió a sentirse mal, y el silencio de la habitación le pareció todavía más espeso. Al entrar al hotel no había podido dejar de ver el tablero de las llaves, donde faltaba ya la de la pieza de al lado. Cambió unas palabras con el empleado, que esperaba bostezando la hora de irse,

cases by the lift. The manager, it seemed to Petrone, looked disconcerted.

'Did you sleep well last night?' he asked in a business-like tone which hardly disguised his indifference. Petrone shrugged. He did not feel like making a fuss now that he had to spend scarcely one more night in the hotel.

'At any rate you will have more peace now,' said the manager looking at the cases. 'The lady is leaving us at noon.'

He paused for some comment and Petrone's eyes expressed encouragement.

'She's been here a long time and now she's going — just like that. You never know with women.'

'No,' said Petrone. 'You never know.'

In the street he felt faint, but it was not a physical faintness. Gulping a cup of bitter coffee he began to turn the matter over in his mind forgetting about his business deal, indifferent to the glorious sunshine. It was his fault that the woman was leaving the hotel, crazy with fear, or shame, or rage. *She's been here a long time . . .* She was a sick woman perhaps, but harmless. Not she, but he himself should have been the one to leave the Hotel Cervantes. It was his duty to speak to her, to beg her pardon and ask her to stay, swearing he would keep her secret. He started to walk back and halfway there he stopped. He was afraid of looking foolish, afraid that the woman might react in some unforeseen way. It was high time he went to meet the two business partners and he did not wish to keep them waiting. Very well then, let her get on with it. She was just a hysterical female, she would no doubt find another hotel where she could look after her imaginary child.

\*

That night, however, he felt unwell again and the silence in the room seemed even more intense. On entering the hotel he could not help seeing the key-rack where the one of the room next to his was already missing. He exchanged a few words with the porter who waited, yawning, for it to be time to go off,

## LA PUERTA CONDENADA

y entró en su pieza con poca esperanza de poder dormir. Tenía los diarios de la tarde y una novela policial. Se entretuvo arreglando sus valijas, ordenando sus papeles. Hacía calor, y abrió de par en par la pequeña ventana. La cama estaba bien tendida, pero la encontró incómoda y dura. Por fin tenía todo el silencio necesario para dormir a pierna suelta, y le pesaba. Dando vueltas y vueltas, se sintió como vencido por ese silencio que había reclamado con astucia, y que le devolvían entero y vengativo. Irónicamente pensó que extrañaba el llanto del niño, que esa calma perfecta no le bastaba para dormir y todavía menos para estar despierto. Extrañaba el llanto del niño, y cuando mucho más tarde lo oyó, débil pero inconfundible a través de la puerta condenada, por encima del miedo, por encima de la fuga en plena noche supo que estaba bien y que la mujer no había mentido, no se había mentido al arrullar al niño, al querer que el niño se callara para que ellos pudieran dormirse.

## THE DISUSED DOOR

and went into his room with little hope of being able to sleep. He had the evening papers and a detective story. He passed the time packing his bags and sorting out his documents. It was hot and he threw the small window wide open. The bed had been made up properly, but he found it uncomfortable and hard. At last he had all the silence he needed to sleep soundly and it weighed on him. Tossing and turning, he felt as though defeated by this silence which he had clamoured for with guile and which they were throwing back at him, whole and vindictive. Ironically, he thought he missed the child's crying, that this perfect calm was not good enough to sleep in, let alone to be awake in. He missed the child's crying; and when, much later, he heard it, feeble but unmistakable through the disused door, he knew, despite the fear and the thought of fleeing in the dead of night, that things were as they should be and that the woman had deceived no one, that she had not deluded herself when she soothed the child, wanting him to be quiet so that the two of them could get some sleep.